



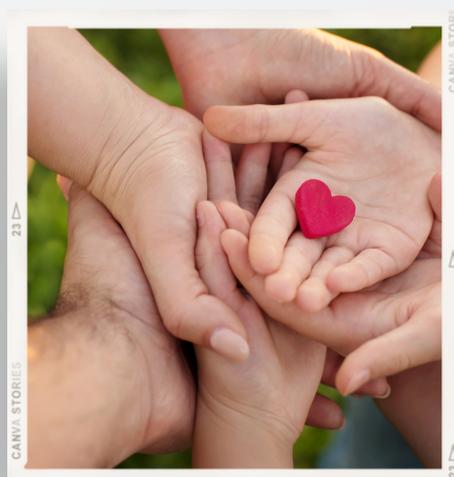
Invitados a su Reino

XXVIII Domingo del tiempo ordinario. 15 de octubre

El Evangelio nos presenta una de las parábolas desafiantes de Jesús: la del banquete de bodas. En ella, se nos invita a reflexionar sobre nuestra respuesta al Reino de vida que se nos propone. La inquebrantable generosidad y persistencia de Dios al extendernos su invitación seguro capturará nuestra atención. Escuchemos con el corazón abierto.

Evangelio de Mateo 22, 1-14

Jesús les habló otra vez en parábolas, diciendo: «El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba las bodas de su hijo. Envío entonces a sus servidores para avisar a los invitados, pero estos se negaron a ir. De nuevo envió a otros servidores con el encargo de decir a los invitados: "Mi banquete está preparado; ya han sido matados mis terneros y mis mejores animales, y todo está a punto: Vengan a las bodas". Pero ellos no tuvieron en cuenta la invitación, y se fueron, uno a su campo, otro a su negocio; y los demás se apoderaron de los servidores, los maltrataron y los mataron. Al enterarse, el rey se indignó y envió a sus tropas para que acabaran con aquellos homicidas e incendiaran su ciudad. Luego dijo a sus servidores: "El banquete nupcial está preparado, pero los invitados no eran dignos de él. Salgan a los cruces de los caminos e inviten a todos los que encuentren". Los servidores salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, buenos y malos, y la sala nupcial se llenó de convidados. Cuando el rey entró para ver a los comensales, encontró a un hombre que no tenía el traje de fiesta. "Amigo, le dije, ¿cómo has entrado aquí sin el traje de fiesta?"...



Para meditar:

- La parábola se refiere a la presencia ya actual del Reino de Dios, en el que Jesús es el novio y la fiesta está preparada. Aunque algunos rechazan la invitación, en la fiesta de Dios todos están convocados, nadie queda excluido. Sin embargo, en la segunda parte de la parábola, un invitado no lleva el traje adecuado, simbolizando que no basta con aceptar la invitación de Dios; se requiere un compromiso auténtico, que demuestre que se ha acogido el Reino, que la oferta de su amor ha pasado a ser el centro de la existencia.
- El proyecto de Dios para nosotros es claro: estamos destinados a la alegría, al amor y a la comunión. En un mundo donde a menudo nos encontramos sumidos en las preocupaciones diarias y en la búsqueda de la felicidad material, que roba nuestra energía vital, nos hace bien recordar que nuestra verdadera esencia y propósito trascienden estas realidades. Dios nos invita a la fiesta de la vida, no solo existiendo, sino realmente viviendo: enriqueciendo nuestras vidas con relaciones significativas, cuidando el mundo que nos rodea y encontrando verdadera alegría en el servicio y el amor.
- Desde la reflexión de este Evangelio también podemos considerar nuestra relación con el mundo y con los demás. No podemos pretender amar plenamente si no abrazamos toda la realidad, desde la justicia social hasta el cuidado de nuestro planeta (LS 92). La llamada de Dios es integral y universal. Por lo tanto, es nuestro deber como seres humanos, y más aún como seguidores de Jesús, abrazar cada aspecto de esta invitación a la vida y a la fiesta, viviendo en armonía con los demás y con la creación. Esto sería acoger agradecidos el Reino que se nos ha revelado en Cristo.

Para orar:

Gracias, Padre, porque en tu infinita bondad nos has buscado en las calles y caminos de la vida, guiándonos de regreso a tu abrazo amoroso. Ayúdanos a romper nuestras indiferencias y rechazos de la fiesta de la vida a la que continuamente nos convocas. Permítenos abrazar tu llamado y vivir en armonía con la creación y nuestros hermanos. Que en cada acto y pensamiento reflejemos la alegría que nos trae la fiesta del Reino. Amén.

Hna. Gladys De la Cruz. HCJC. Roma, It.